

"LA BUENA SEMENTERA"

PRIMERA PARTE: TEOLOGIA DE LA LITURGIA

Lección 45 LA INTERACCION ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Cuando la relación Dios-hombre es recíproca

Antecedentes. En la lección número uno del primer grado vimos que el hombre es un pobre necesitado de Dios, sobre todo desde su caída por el pecado original. Decíamos que es para él del todo imprescindible entablar relaciones con Dios -su Creador-, de quien ha recibido la vida y por el cual le es conservada, y no sólo, sino que lo enriqueció con toda una serie de perfecciones, de las cuales las de la inteligencia y la voluntad lo ponen sobre todas las demás criaturas, asemejándole al mismo Dios, infinitamente inteligente y poderoso. Todavía más, el Señor lo constituyó rey de la Creación para que la dominara y la ordenara a la gloria de su Hacedor. Y cuando por no haber correspondido a tanta bondad, el hombre fue condenado a la muerte eterna, su mismo Juez, Dios, le deparó un Plan de Salvación que lo elevó más alto que en su primer estado, al hacerse el mismo Dios hombre, para que de este modo se cumpliera para el hombre su deseo de ser Dios. Fue en aquellas primeras lecciones donde reflexionamos que convenía a nosotros entablar relación con Dios, habiendo entendido que a esta relación Dios-hombre la conocemos con el nombre de **Religión**.

Una relación recíproca. Son así Dios y el hombre los dos términos de esta relación. Pero ambos lo son de manera **activa**, porque por su parte Dios pone los medios de salvación, en tanto que el hombre corresponde aceptando esa salvación, y utiliza los medios glorificando al Señor ya desde esta vida por medio del **culto**.

La liturgia, espíritu del culto. El culto que debemos a Dios no ha de ser puramente fórmula o apariencia, sino que, debiendo ser relación entre dos personas -Dios y el hombre-, tiene que reflejar en sí las características o propiedades de los dos términos de la relación. Por tanto, habrá de contener un **elemento espiritual** porque Dios es **espíritu puro** y el hombre posee el **alma** como elemento espiritual. Teniendo además éste el **cuerpo**, que es materia, en el culto habrá de intervenir también su elemento material. Así que, si dos son los elementos: espíritu y materia, por fuerza los dos deberán estar presentes en el culto.

Los elementos que intervienen en el culto. Son, así, dos los elementos presentes en el culto, y los conocemos con estos nombres: 45/2

Liturgia, es el **elemento espiritual esencial**, y debido a esto **inmutable y trascendente**. Por lo mismo, cae dentro del campo del Misterio y no es apreciable por los sentidos.

Rito, es el **elemento material, accesorio y no esencial**, que al ser apreciado por medio de nuestros sentidos, entra en el culto al **servicio de la liturgia**.

El hombre como Iglesia. En nuestro curso de Ecclesiológia contemplamos a la Iglesia como la Divina Institución que fundó Cristo nuestro Señor para congregar a los que han aceptado su Redención, como signo ante el mundo de unidad y salvación. Siendo así, la Iglesia está integrada por los hombres que creen en Jesucristo, **és el hombre mismo con cuanto a él pertenece**: de aquí que la relación que el hombre guarda frente a Dios es la misma de la Iglesia, el culto que el hombre tributa a Dios es también el culto de la Iglesia.

La liturgia es diálogo. Desde luego, la relación entre dos seres inteligentes, Dios y el hombre, es diálogo; y consecuentemente la liturgia lo es: **diálogo entre Dios y el hombre**, como también **entre Dios y la Iglesia**.

La liturgia, interacción divino-humana. Dijimos que esa relación entre Dios y el hombre es activa por ambas partes; tomando ahora la liturgia como un todo de esa relación, diremos que la liturgia es **diálogo entre Dios y el hombre; entre Dios y la Iglesia**: acción de Dios y de la Iglesia, en que Dios actúa por medio de su **Palabra**, mientras que la Iglesia lo hace por medio de la **oración**. Es el Amor de Dios y el amor del hombre en mutua donación. Es el encuentro en el que Dios se adelanta, tomando la iniciativa, y la Iglesia corresponde aceptando la invitación; la vocación que es una llamada, frente a la vocación que es respuesta. Es la presencia activa de Dios y la presencia activa del hombre.

María, Madre de la Iglesia. Si reflexionamos con atención sobre la figura de la Santísima Virgen a partir de su vocación en el Misterio de la Encarnación y hasta el fin de su vida, hallaremos la interacción Dios-hombre y Dios-Iglesia plenamente: es el himno del "**Magnificat**" de María un himno preclaro a la interacción divino-humana: ella exalta aquí todas las maravillas que Dios ha hecho en ella y para todo su pueblo, y a la vez refiere toda aquella disposición y cabal entrega de sí misma a la realización de los planes del Señor sobre su persona.

Con Cristo Mediador y a través de signos. Únicamente que este encuentro del hombre con Dios todavía no se realiza ni de manera directa, ni cara a cara: se efectúa teniendo a Cristo como el Mediador, y se lleva a cabo a través de **signos**. Cristo es el **Pontífice** (latín: pontis = puente). El es el punto de encuentro entre el Padre y nosotros; El es la cita entre el Padre y nosotros, que se realiza en Cristo teniendo al Espíritu Santo como lazo de unión.

Los signos litúrgicos sacramentales. Son estos signos el modo como -permaneciendo íntacta nuestra fe- nos encontramos frente a frente con Dios: el Creador con su criatura, Dios con su Iglesia: de manera -al mismo tiempo- **personal y comunitaria**.

Por los signos sacramentales, Dios está **realmente** en medio de su pueblo, pero al no poder contemplarlo cara a cara el mérito de **seguir creyendo** permanece en nosotros.

Definición de "liturgia". De todo esto que hemos visto, surge esta definición: la liturgia es -bajo los signos litúrgicos- un encuentro personal de Dios con la Iglesia y con la persona entera de cada uno de sus miembros, en Cristo y por Cristo y en la unidad del Espíritu Santo.

La Eucaristía, acto litúrgico por excelencia. El Centro de toda la liturgia está en la **Celebración Eucarística**, porque en ella se hace presente de **manera sacramental** el Misterio Pascual de la Redención realizada por Jesucristo, porque:

- hace presente una vez más la acción salvífica de Dios por medio de la renovación del sacrificio de su Hijo en la cruz para nuestra redención.
- por medio de Cristo nos presentamos ante el Padre para rendirle adoración y alabanza, agradecerle, satisfacerle y solicitarle.
- todo esto en conjunto constituye el acto supremo del culto que corresponde a la Divinidad, y que el hombre por sí solo jamás hubiera podido tributarle.

Aspectos de la liturgia. A partir de la definición dada arriba, y de las tres consideraciones precedentes, conviene ver la liturgia desde estos tres aspectos:

- su carácter teocéntrico.** La liturgia es un encuentro personal del hombre con Dios.
- su carácter critocéntrico.** Este encuentro se realiza en Cristo y por Cristo con el poder del Espíritu Santo.
- su carácter eclesial.** Es un encuentro que, habiéndose iniciado en la relación personal Dios-hombre, solamente logra su perfeccionamiento en la comunidad de la Iglesia.

- d) **su carácter simbólico.** Es un encuentro que no se realiza mediatamente -si bien la presencia de Dios es real-, sino bajo la apariencia sensible y misteriosa de los signos litúrgicos.
- e) **su proyección integral del hombre.** En la celebración del culto, la liturgia reclama al hombre entero: **alma y cuerpo**, lo que hace que él aporte su **presencia dual** de su **espiritualidad** y su **corporeidad**.

Desarrollo de cada uno de estos cinco aspectos. Cada uno de estos cinco aspectos y el conjunto de ellos establecen **principios litúrgicos esenciales**, por lo que profundizaremos en cada uno de ellos:

a) **Carácter teocéntrico de la liturgia**

El carácter teocéntrico de la liturgia está determinado por el encuentro personal con Dios ahí donde El se nos hace presente por su **Palabra** y por sus **Sacramentos**. En el **Culto de la Palabra**, en el **Culto Eucarístico** y en las lecturas del **Oficio Divino** o Liturgia de las Horas, es Dios mismo quien nos habla de manera personal.

Momentos de manifestación de Dios por su Palabra. La manifestación de Dios por medio de su Palabra se opera en tres momentos:

- a) La lectura de la Sagrada Biblia como **acto litúrgico**.
- b) La lectura de la Sagrada Biblia como **acto homilético**.
- c) La recitación de la Sagrada Biblia o Liturgia de las Horas.

Deben considerarse además como continuación de la liturgia de la Palabra la evangelización y la catequesis, revistiendo en esto formas especiales el catecumenado o instrucción a los preparandos al Bautismo.

Correspondencia de actos personales. Sea en la liturgia de la Palabra, sea en la liturgia de los Sacramentos, es Dios que nos sale en un encuentro redentor y salvador. Es una y otra vez nuevamente el acto personal del amor de Dios que merece ser correspondido con nuestra respuesta personal también: una respuesta de fe, de esperanza y de amor. Porque sólo por medio de las virtudes teológicas podemos hacer acto de presencia delante de Dios.

Después, el encuentro sacramental. Después de realizarse el encuentro personal por vía **Palabra-fe-esperanza-amor**, y no antes, entraremos en un nuevo encuentro: el de la liturgia de los Sacramentos. Con una recepción creyente (fe-esperanza) y fervorosa (amor) que acepta y encarna la acción redentora, salvadora y santificadora de Dios.

Con un concepto correcto de Dios. Este encuentro personal con Dios requiere de nuestra parte tener un concepto correcto de El, igual que nos sucede en el trato ordinario con nuestros semejantes. La mejor ayuda que podemos tener en esto es la lectura del Antiguo y Nuevo Testamentos, ayudándonos mucho también los textos litúrgicos, que la Iglesia conforma a la Palabra de Dios para facilitar su lectura y comprensión.

Falsos conceptos acerca de Dios. Los conceptos erróneos de Dios nacen de querer adoptar una mínima o nula responsabilidad delante de El. Como en la leyenda del avestruz, que esconde la cabeza en la arena para no ver al cazador y negar el peligro que le asecha, algunos pretenden forjarse un Dios a su gusto con estas imágenes:

- a) **Un Dios negociante.** Con el que se puede entrar en tratos, sea para que a cambio de oraciones, buenas obras y promesas se aseguren protección, felicidad, éxito, y hasta la gloria eterna.
- b) **Un Dios acomodaticio.** Con quien se puede regatear derechos y obligaciones por ambas partes: "a cambio de que yo te dé, tú me permites". Se olvida así la necesidad de la justificación de sí mismo.
- c) **Un Dios amigüero.** No amigo auténtico, que lo es. Sino que se le considera un ser a nuestro modo, débil para aplicar la justicia, impedido por su propia bondad. Algunos de estos son ingenuos piadosos que habiendo cumplido con sus deberes cristianos en el templo, se olvidan de que los tienen también en el comercio, la industria, o cualquier otro trato con los demás.

Todos ellos tienen en común el sentimiento de que Dios está a su mismo nivel. Lo antropomorfan, lo idean semejante a los hombres en sus intenciones y en sus actos, olvidando que Dios es el Perfectísimo por esencia.

El Dios de la Alianza. Para tener ese concepto correcto de Dios debemos instruirnos en la lectura de la Sagrada Escritura; El es el Dios inmenso, fuerte, todopoderoso, la Suma Inteligencia, la Justicia y la Santidad pura. Y ese es el mismo Dios que la Iglesia -Nuevo Israel- recibe por suyo. Es el Dios de siempre que se halla presente en sus asambleas, en sus ceremonias, oraciones y lecturas culturales, es decir, en su liturgia.

El legado de la Antigua Alianza. El Dios que se presenta hoy ante nosotros en la liturgia es el mismo que se presentó con terrible majestad y presencia acogedora, con voz prepotente, delante de Israel infundiéndolo un temor reverencial y sentido de dependencia. Sólo esta idea de Dios nos permite apreciar la revelación de Cristo.

Jesucristo nos previene. Cuando Cristo nos enseña a llamar a Dios "¡Padre!", en seguida nos previene de caer en una familiaridad engañosa, haciéndonos glorificarle reconociendo su inmensidad y dominio con acatamiento y sujeción a su voluntad, más la necesidad que tenemos de su Providencia, terminando en un acto propiciatorio que incluye el propósito de imitarle en la práctica del bien al perdonar las ofensas que pudiéramos recibir de nuestros prójimos. Esto es la Oración Dominical llamada comunmente "Padrenuestro".

La verdadera dimensión de Dios. El profeta Isaías clamó los atributos de Dios en estos términos: *"Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre... ¿Quién midió los mares con el cuenco de la mano y abarcó con su palmo la dimensión de los cielos, metió en un tercio de medida el polvo de la tierra, pesó con la romana los montes, y los cerros con la balanza? ¿Quién abarcó el espíritu de Yahveh, y como consejero suyo le enseñó? ¿Con quién se aconsejó, quién le explicó, le enseñó la senda de la justicia, y le enseñó la ciencia, y el camino de la inteligencia le mostró? Las naciones son como gota de un cazo, como escrúpulo de balanza son estimadas... El está sentado sobre el orbe terrestre, cuyos habitantes son como saltamontes; El expande los cielos como un tul, y los ha desplegado como una tienda que se habita. El aniquila a los tiranos, y a los árbitros de la tierra los reduce a la nada... ¿Con quién me asemejaréis y seré igualado?, dice el Santo. Alzad los ojos y ved: ¿Quién ha hecho esto? El que hace salir por orden el ejército celeste, y a cada estrella por su nombre llama. Gracias a su esfuerzo y al vigor de su energía no falta ni una"* (Is 40,6-8, 12-15, 22-23, 25-26).

La santidad, esencia de Dios. Son múltiples y repetitivas las citas del Antiguo Testamento donde Dios se manifiesta Santo, exigiendo a su pueblo la santidad de vida porque El lo es, y la mutua relación sólo puede darse, mantenerse y prosperar en el ambiente de santidad (cf. Lv 11,44-45; 19,2; 20,7 y 26; 21,8; 22,32). Pues, si la liturgia constituye el momento mismo del encuentro con el Señor, cuánto respeto debe infundirnos su santidad, y cuánta preocupación debemos tener por la nuestra. Una santidad que debe plasmarse en pureza interior conforme lo enseña el Apóstol: *"Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela res-*

plandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada" (Ef 5,25-27). "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" (Ro 12,1).

La liturgia, fuente de alegría. No sería del todo conveniente nuestra participación en la liturgia si por parte de nosotros hubiera una presencia triste: Dios es la fuente de nuestra alegría porque es la fuente de la vida, y el vivir es la principal y mayor razón de nuestra alegría. Por eso la recitación del Oficio Divino comienza con un himno de alegría: "*Venid, regocijémonos en el Señor, cantemos con júbilo las alabanzas de Dios, Salvador nuestro.*"

Una actitud alegre, de santa alegría, que lejos de manifestarse como falta de respeto, remarca la convicción de nuestra fe, la firmeza de nuestra esperanza y el ardor de nuestro amor: "*Corramos a presentarnos ante su acatamiento dándole gracias y entonando himnos de gloria. Porque el Señor es el Dios grande, y un rey más grande que todos los dioses...*"

Pasa a predicar la bondad y misericordia de Dios, que teniendo tan gran poder, es al mismo tiempo dulce y delicado, como Buen Pastor que es: "*El Señor no rechazará a su pueblo, porque en su mano tiene toda la extensión de la tierra y suyos son los más encumbrados montes. Suyo es el mar y obra de sus manos, y hechura de sus manos es la tierra. Venid, adoremosle, postrémonos derramando lágrimas en la presencia del Señor que nos ha creado, pues El es el Señor, Dios nuestro, y nosotros el pueblo a quien El apacienta, y las ovejas de su grey*" (Invitatorio del Oficio Divino, Sal 95,1-7).

La Eucaristía, presencia callada. En el Sinaí la gloria de Dios se manifestó con toda su presencia prepotente. La Eucaristía es su presencia invisible, callada, donde por amor a nosotros Cristo se vuelve el "Divino Impotente", porque renuncia a toda su teofanía (manifestación divina) para que podamos soportar su presencia, la que fue insoportable para los hebreos: "*Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenía a distancia. Dijeron a Moisés: 'Habla tú con nosotros, que podremos entenderte, pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos'.*" *Respondió Moisés al pueblo: 'No temáis, pues Dios ha venido para ponerlos a prueba, para que su temor esté ante vuestros ojos, y no pequéis'.*" (Ex 20, 19-20). La Eucaristía es, pues, un regalo de la Divina

Bondad, propio de la Nueva Alianza en que, operando en nuestro interior el Espíritu Santo, ya no es necesario el terror para obedecer a la Ley, porque siendo ahora ya hijos y no esclavos, obedecemos como hijos por amor como enseña San Pablo: **"En efecto, todos los que son guiados por el espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!** (Rm. 9,14-15). Nuestra presencia en la liturgia eucarística debe, pues, contener en conjunto los sentimientos que se deben hacia el mismo Dios que es en el Antiguo y el Nuevo Testamentos.

Clasificación de la liturgia. Por su objeto la liturgia se clasifica en tres aspectos, todos los cuales tienen a Dios como principio y como fin, pero no teniendo a Dios como un Ser lejano, ajeno, ni menos aislado; sino como es en realidad: el Creador que tuvo y mantiene para siempre el designio salvífico del hombre, por lo cual éste viene a ser para la liturgia el objeto actual, mientras Dios es el objeto eterno de ella. Los tres aspectos son:

- a) **Liturgia profética**, o liturgia de la Palabra.
- b) **Liturgia santificante**, o liturgia sacramental.
- c) **Liturgia laudatoria**, o liturgia de alabanza.

Como ya vimos, la primera encierra la predicación, la lectura y la enseñanza, con base en la Sagrada Escritura. La segunda comprende el Sacrificio, los Sacramentos y los sacramentales; la última se ocupa de dar gloria a Dios. Sin embargo, el culto en cualquiera de sus realizaciones siempre contiene algo de estos tres aspectos.

El espíritu litúrgico. La liturgia es con mucho más que los solos actos externos y rebasa el contenido de las ceremonias. Ella es el núcleo del espíritu cristiano, como que es el momento del encuentro entre Dios y el hombre. Por eso no es posible tenerla como elemento secundario de la Religión, siendo como es la **vida** y la **esencia** de la Iglesia. Al mismo tiempo es nuestra respuesta al Señor que nos amó **El primero**, y es la gloria: la del Dios que glorificamos, y la de la Iglesia a la que El glorifica.

Por lo cual no debe limitarse la liturgia a manifestaciones exteriores, ni se debe abusar de lo espectacular en ella, **por impresionante que esto parezca**: cuando lo que está por realizarse es la glorificación de Dios y la santificación del hombre, lo espectacular, lejos de contribuir exitosamente, puede falsear lo que se busca.